

tencia de un ser divino, <sup>(1)</sup> ¿deberíamos preferir la grosería de la negación de Dios, únicamente para distinguirnos de los paganos? Y si en todas partes y siempre, la humanidad obra según el principio, que no basta creer interiormente en Dios, sino que la criatura debe expresarle su fe y su subordinación de un modo humano, y, por consiguiente, por medios que caen bajo la acción de los sentidos, con la acción, el sacrificio, el culto divino, las penitencias y los símbolos, <sup>(2)</sup> ¿con qué derecho podemos negar la convicción que debemos considerar como universalmente humana?

¡He aquí la sinceridad con que se combate al Cristianismo! Siempre en la lucha se nos dirige la censura, cien veces repetida, de que, para nosotros, todo es pecado y mentira en los paganos, y esto únicamente para hacer odiosa nuestra causa. Pero desde que se les ofrece ocasión de dañarnos con opuestos alegatos, cambian repentinamente de táctica. Los panegiristas del Paganismo se convierten repentinamente en sus acusadores, y nos atacan con severidad por no haber condenado, como obras de Satanás, todo lo que los paganos han imaginado y hecho, y por reconocer numerosos vestigios de la verdad primitiva bajo los escombros de tantas prácticas supersticiosas de las religiones paganas.

Pero aquí los adversarios del Cristianismo dan pruebas de ser al mismo tiempo los enemigos de la naturaleza. Querer limitar á lo interior la devoción y adoración de Dios, equivale á atacar á la humanidad natural. Para ser verdadera y viviente, debe revestirse de formas externas. La más seria de todas las objeciones que se puedan hacer es la que consiste en decir: «Tenemos también una religión en el fondo del alma, pero no sentimos la necesidad de que tome forma sensible». ¿Qué responder á esto? ¿Debemos decir la verdad? Esto es lo mejor que debemos hacer, porque, de guardar silencio por respeto á los hombres,

(1) Aristotel., *Cael.*, 1, 3, 6. Cícero, *Tuscul.*, 1, 13. Seneca, *Ep.* 117, 6.  
 (2) Plutarch., *Adv. Colotem.*, 31, 4. Maxim. Tyr., 8, 4.

no seríamos útiles ni á nuestra causa ni á la salvación de nuestros adversarios. Pues bien, digámosla: «Si nada les impulsa interiormente á dar testimonio de su religión interna, entonces hacen bien en guardar sus sentimientos para ellos. Sin embargo, se sienten movidos á decir públicamente que nada los solicita á manifestar abiertamente su religión. ¿Estaban, pues, obligados á hacer esta confesión? ¿Por qué no han sostenido su palabra? Porque del fondo del corazón están persuadidos de que su supuesta religión no es capaz de dar un signo de vida, del mismo modo que el que está atacado del tétanos, ó es presa de la muerte, no es capaz de moverse ó de hablar.»

He aquí porqué, aquellos que nunca pueden abstenerse de confesar su incapacidad para practicar la religión, guardan tan fácilmente silencio sobre la que dicen poseer en el fondo de su corazón. Si estuviesen tan seguros de tener una religión sana, como convencidos están de que todo lo que llaman de este modo es debilidad y abatimiento, veríanse obligados á dar testimonio de ella. Pero ocurre con esta supuesta religión del corazón exactamente lo mismo que con ese amor universal, el cual, en su amplitud búdica, funda establecimientos para los animales domésticos y distribuye alimento á los animales, pero que, en su estrechez civilizada, reduce á prisión al mendigo. Allí donde no hay obras y obras vigorosas, tampoco hay amor ni religión. ¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que se quemem sus vestidos? <sup>(1)</sup>

El asunto ofrece todavía un segundo aspecto. Atendida la naturaleza humana, no sólo todo lo que vive en el hombre debe manifestarse por modo sensible al exterior, sino que, de ordinario, nada penetra en él sin la mediación del mundo sensible. <sup>(2)</sup> Aplícase esto lo mismo á la inteligencia que á las aspiraciones del hombre. La inteligencia no se desarrolla, si la materia sensible y tangible de que tie-

(1) Prov., VI, 27.

(2) Aristot., *De anima*, 3, 8, 3; 3, 3, 4, 11. *De sensu et sensibili*, c. 6. Sto. Tomás 1, q. 84, a. 6, 7, 8.

ne necesidad para ello, no le es transmitida de fuera, y la voluntad y el corazón no se ennoblecen, sino bajo la influencia de la vida externa.

El moderno idealismo, particularmente bajo la forma que Schelling y los suyos le han dado, es uno de los absurdos más incomprensibles que haya ideado jamás el espíritu humano.

No censuraremos á un niño, porque crea poder producir con su dedo, ó con sólo su imaginación, los mismos efectos que el pintor con su pincel; pero no nos abstendremos de regañarle, si cree ser hábil simplemente con buenas intenciones, y libertarse de las dificultades de la vida con los proyectos más magníficos. Por lo contrario, le obligamos despiadadamente á cumplir su deber, á observar la disciplina, á mirar frente á frente el mundo, y á proveerse con profusión de hechos y de experiencias; y esto, no porque queramos domarle como á un caballo, sino porque estamos convencidos de que, sin esto, su inteligencia permanecerá inculta. Y, sin embargo, los filósofos y los reformadores creen haber dicho algo muy extraordinario cuando niegan verdades tan evidentes. El salvaje, que es llevado á un taller de escultura, tampoco se imaginará poder hacer con sus uñas una estatua parecida á la que el artista ha hecho con su cincel; ¡y se nos hará creer que la sabiduría que trata de enseñarnos que podemos ennoblecernos y convertirnos en hombres sin ayuda externa, es una sabiduría nueva y más elevada? ¡Acaso se ha convertido el hombre en ángel? ¡Acaso tan poco importante es lo que haga su naturaleza sensible, con tal que su espíritu aspire á lo alto?

Esta es precisamente la doctrina de tantos panteístas entusiastas, cuya sabiduría y cuya piedad se fundan en un orgulloso desprecio del mundo sensible. <sup>(1)</sup> Pero ¿quién no conoce los errores monstruosos que ha producido ese falso misticismo, y quién no comprende que semejantes errores debían ser consecuencia necesaria de él? Pero aun cuando

(1) Molinos, *Propos. damn.*, 41, 42, 47, 48, 49, 50, 51.

no se llegue á consecuencias horribles, no es con principios tan perniciosos con lo que se perfeccionará el interior del hombre. ¿Desde cuándo se cultiva sin arado un campo tan cubierto de zarzas y piedras, queremos decir, el corazón humano? ¿Quién se atreverá á atravesar, sin barco, sin timón y sin provisiones, un mar tan tempestuoso como nuestra vida? ¿Qué escultor ha tenido que trabajar un mármol más duro que nosotros, que debemos, con nuestra naturaleza, convertirnos en magnífica copia de Dios? Supongamos—aunque no admitimos la suposición—que alguien pueda tener en su corazón una religión viva con relación á Dios, sin sentirse impulsado á manifestarla exteriormente; ¿cómo llegará á conseguir el otro fin de la religión, el ennoblecimiento moral, si no se vale de los medios que la religión le ofrece para su transformación? Ahora bien, el cincel, el carro, la barca, las provisiones, las alas, la medicina y el árbol de la vida, en una palabra, todo eso de que tenemos necesidad para alcanzar nuestro fin, que no muere nunca, son los medios de la gracia que la religión de Cristo pone en nuestras manos, es el culto de Dios, son los sacramentos y las bendiciones de la Iglesia.

**6. Los sacramentos no son solamente símbolos, sino medios de salvación.**—Pero—se dirá—¿qué puede hacer el reino de Dios con el agua, la luz, la sal y otras cosas semejantes? ¡Vaya una curiosidad por parte de los cristianos que creen en el Evangelio! Porque, aunque estas dos materias no contuviesen más que sus propiedades naturales, ¿no nos recordarían ya las palabras: «Tened sal en vosotros, <sup>(1)</sup> sois luz en el Señor»? <sup>(2)</sup> Y después, ¿es que la sal de la sabiduría y la llama de la pureza y de los buenos ejemplos no tienen muchos puntos de contacto con el reino de Dios? Queremos decir que, si los Sacramentos, las bendiciones y ceremonias del culto de la Iglesia, aun las más minuciosas, no ofreciesen más que la palabra ordinaria, el aceite ordinario y el agua ordinaria, serían por lo

(1) March., IX, 49.

(2) Ephes., V, 8.

menos símbolos, nos recordarían siempre una verdad religiosa ó moral cualquiera, y tendrían, como tales, gran importancia para la vida moral y sobrenatural.

Pero no nos basta con que se vea en ello simplemente una significación simbólica. El mismo Racionalismo no halla dificultad alguna en admitirlo. Si las bendiciones de la Iglesia no fuesen más que un sermón simbólico, el exorcismo quizás encontraría gracia ante sus ojos, como una exhortación sensible encaminada á poner en guardia contra el mal. Pero si nos contentásemos con pedir que se nos conceda que los Sacramentos y los sacramentales son, como sermones mudos, signos simbólicos perfectamente elegidos, defenderíamos mal su significación propiamente dicha, y no podríamos quejarnos de que se nos dirigiese este reproche: «Estamos en edad de pensar; ¿qué necesidad tenemos, pues, de símbolos, como si fuésemos principiantes y espíritus débiles? Ahorrádnos, pues, la humillación de considerarnos como niños.»

No negamos el carácter simbólico de las ceremonias religiosas. Pretendemos que, no sólo es bueno para los pequeños, sino que no puede dañar á los grandes, el recordarles de vez en cuando aquellas verdades de que depende su salvación. Los Sacramentos y todas las instituciones pertenecientes al culto divino de la Iglesia son más que simples símbolos, pues son también medios de gracia ó instrumentos de salvación. No en vano nos complacemos en emplear esta expresión, ya que ella nos lo dice todo. Como lo hemos indicado más arriba, esta palabra lo decide todo. Evidentemente, no hay que asombrarse de que uno no se sienta atraído hacia los Sacramentos, mientras vea en ellos una ceremonia que responda á la inteligencia más infantil, y no otra cosa. Si el Pan Eucarístico no me dice otra cosa, sino que la inteligencia, como el cuerpo, tiene necesidad de alimento; si debo representarme con ello, en mi imaginación, una unión espiritual con Dios, ó si debo creer que Jesucristo, al que ya llevo en mi inteligencia y en mi corazón por la fe y por la caridad, no existe en el

pan, sino á la manera como ya lo poseo interiormente, es decir, de un modo puramente espiritual, sólo en la fe y en la representación,—hago aquí abstracción de qué, desde el punto de vista dogmático, esto es un error, y, desde el punto de vista filosófico, un contrasentido,—¿qué necesidad tengo para ello de un trozo de pan? Ó debo saber que la gracia está en los Sacramentos, y creer que recibiendo-los, participo de una gracia real que no poseo todavía, ó bien puedo abstenerme de ellos, como si fuesen una vana acción externa.

De aquí que los Sacramentos que sólo me dan lo que pongo en ellos, no son del todo Sacramentos. Mala fuente es—dice el proverbio—aquella á la cual hay que empezar por llevar el agua. Con semejantes maneras de ver, ¿qué significación pueden tener las palabras consoladoras de la Escritura sobre las fuentes del Salvador? <sup>(1)</sup> Son cisternas sin agua. <sup>(2)</sup> Pero no se puede hablar de fuentes de la gracia, de fuentes de la vida, de fuentes de agua viva, en una palabra, de Sacramentos, si no son á la letra medios cuyo empleo nos ofrece nuevas gracias; si no son, en el sentido más propio de la palabra, fuentes en las cuales bebemos el agua de salvación, canales, que nos conducen las aguas que brotan del Corazón del Redentor, conductores de la gracia, instrumentos de salvación, en una palabra, medios de salvación.

Así como no nos formamos una idea exacta de la Iglesia, cuando nos la representamos simplemente como una comunidad espiritual de hombres con las mismas ideas y aspiraciones, como una asamblea de almas piadosas y santas, y no como una institución en la cual están depositadas todas las gracias de Dios, y sólo por la cual podemos participar de hecho de la gracia de Dios; en otros términos, del mismo modo que uno no puede representarse á la Iglesia de otro modo que como una Iglesia litúrgica, una Iglesia con sacerdotes, un sacrificio y Sacra-

(1) Is., XII, 2.

(2) Jerem., II, 13.

mentos, en una palabra, como una institución de salvación, así también no se comprende la doctrina de los Sacramentos, si únicamente se los considera como simples prácticas religiosas, con las que nos damos algo á nosotros mismos, en la esperanza de que Dios, por su parte, nos dé su gracia en cambio. No, son ellos medios externos establecidos por Dios y santificados por Él, destinados á darnos lo que Él ha puesto en ellos, y no lo que nuestra imaginación en ellos ha colocado.

Tal es en pocas palabras el sentido de esta doctrina, con tanta frecuencia desfigurada, la doctrina del *opus operatum*.

Ahora bien, aplíquese esto, no sólo á los Sacramentos, sino también, aunque en grado menor, á todas esas bendiciones que la institución de salvación, la Iglesia, ofrece, en virtud de su omnipotencia santificante, es decir, de su misión sacerdotal. Los Santos Padres, que estaban llenos del espíritu de Dios, tienen sobre este asunto concepciones tan profundas y palabras tan penetrantes, que con frecuencia llenan de asombro á nuestra religión trivial é insípida. <sup>(1)</sup> Cuando, por ejemplo, hablan del agua bendita, dicen que el mismo Dios, <sup>(2)</sup> que el Espíritu Santo, <sup>(3)</sup> desciende al agua por la bendición de la Iglesia, como en otro tiempo en Jerusalén descendía el ángel á la piscina; que el agua se cambia espiritualmente, <sup>(4)</sup> porque la virtud del mismo Dios se oculta en ella; <sup>(5)</sup> que absorbe en sí el poder de santificar, y lo distribuye en seguida á los que moja. <sup>(6)</sup> Sí, este lenguaje es exacto. Todos estos medios de salvación absorben en sí la virtud santificante de Dios, y la comunican

(1) Contra Bingham (*Orig. eccles.*, I 11, c. 10, § 4. IV, 319 y sig.). Chardon, *Hist. des Sacraments*, l. 1, s. 1, p. 2, 4 (Migne, *Curs. theol.*, XX, 89). Touttée, *In Cyr. Hieros.*, 3, 3, n. 3.

(2) Ambros., *De inít.*, 5, 27.

(3) Isidor., *Off. eccl.*, 2, 24. Ambros., *Spir. S.*, 1, 7, 88.

(4) Greg. Nyss., *Adv. Maced.*, n. 19 (Mai, *Nova P. Bibl.*, IV, I, 32). Cf. Chanz, *Sacramente*, 219 y sig.

(5) Gelás. Cyzic., *Act. Conc. Nic.*, 2, 31 (Hard, I, 428, a).

(6) Tertullian., *De bapt.*, 4. Cf. Schawane, *Domengescht der vornicämischen Zeit*, (2) 477.

á los que ellos se sirven dignamente. Del mismo modo que bastaba que uno tocara tan sólo el borde del vestido del Salvador para quedar curado, <sup>(1)</sup> así debemos representarnos también la santificación por la Iglesia y por sus Sacramentos, siempre y cuando el estado moral del hombre no sea un obstáculo á su acción.

Desgraciadamente ¿qué se ha hecho de nuestra fe en lo sobrenatural relativamente á esta materia? ¿Cuántos cristianos hay entre nosotros que tengan ideas exactas sobre los medios de salvación de la Iglesia? Frecuentamos diariamente los Sacramentos, pero vese claramente que no sabemos lo que tocamos. Del mismo modo que las moscas se pasean indiferentes sobre un cuadro de Rafael, sin conmoverse en lo más mínimo; del mismo modo que los pescados del lago de Genezareth daban vueltas, mudos y fríos, en torno de la barca del Maestro; del mismo modo que el suelo del huerto de Gethsemaní absorbía las gotas sagradas de sudor y de sangre del Salvador, sin darse cuenta de ello; así también tratamos nosotros las cosas santas, en las cuales, sin embargo, corre la sangre del Salvador para la salvación y bendición de millares de mundos. ¡Y nos atrevemos acusar á los incrédulos de no hacer caso alguno de la dignidad de la Iglesia y de la virtud de los Sacramentos! ¿Pero acaso es culpa suya? ¿Dónde han podido aprender la verdad? No, no es culpa suya, sino nuestra, porque tratamos las cosas santas con tanta indiferencia y frialdad.

No es así como han obrado los Santos. Santa Teresa—invocamos de buen grado el testimonio de débiles mujeres, para que aprendamos, nosotros los hombres, á avergonzarnos de nuestra estrechez de miras—Santa Teresa, pues, cuya fe era ya casi una visión, afirma <sup>(2)</sup> que el poder del agua bendita es más temible al enemigo de toda santidad que el mismo signo de la cruz. Ella misma se sentía mara-

(1) Matth., IX, 20; XIV, 36. Marc., III, 10; V, 25. Luc., VIII, 43; IX, 16.

(2) Teresa, *Leben*, Kap., 31. Ribera, *Vita s. Ter.*, 4, 5, 94 (Boll. Oct., VII, 673).

villosamente fortificada en sus penas y dolores por esta agua bendita, y su empleo le hacía experimentar un consuelo sensible, una como renovación interior, un refresco y un placer del alma, y aun del cuerpo, absolutamente como cuando se da un trago de agua fresca á un viajero sediento. Sólo que ella encontraba los efectos de esta agua—en cuanto se refieren á la naturaleza sensible—muy diferentes de los del agua ordinaria.

Las vidas de los santos están llenas de hechos semejantes. Todo lo que era santo,—todo lugar, todo objeto que había estado en contacto con la santidad,—les parecía brillar con luz tan esplendorosa, que, en comparación de ella, la del sol no era más que tinieblas y oscuridad. Allí donde las cosas santas eran descuidadas y profanadas, todo les parecía desierto y sucio. Y así, todo el mundo se les asemejaba á un océano, en el cual olas de luz y de pecado luchaban entre sí, exactamente como se percibe de lejos el torrente de lava en noches sombrías. <sup>(1)</sup> Al entrar en un templo, sentían inmediatamente el punto en que el Señor estaba oculto en el sacramento del altar, aunque ningún signo externo les revelase su presencia. Distinguían el agua bendita de la que no lo era, como nosotros distinguimos el agua del vino. Reconocían la hostia consagrada y la que no lo era, las reliquias verdaderas y las falsas, y conocían si los restos de los que yacían en sus tumbas pertenecían á elegidos ó á quienes Dios no había acogido en su seno; reconocían si una alma estaba en estado de gracia ó no, si existían todavía en ella pecados ocultos, ó si sus faltas habían sido borradas por el sacramento de la penitencia. <sup>(2)</sup> Á consecuencia de su continuo comercio con Dios, de tal

(1) *Das Leben unseres Herrn Jesu Christi nach den Gesichtern der gottseligen A. K. Emmerich*, (1) I, XIX, XXVIII y sig., XCVIII. Schmöger, *Das Leben der gottsel. A. K. Emmerich*, (2) I, 8 y sig.; II, 134 y sig., 442 y sig., 462 y sig.

(2) V. muchos ejemplos en Goerres, *Mistik*, II, 83 y sig., 86 y sig., 89 y sig., 101 y sig., 105 y sig. Birgitta, *Revel.*, 6, 87. *Extravag.*, 81. Schmöger, *Emmerich*, (2) II, 439 y sig., *Das Leben Jesu Christi nach den Gesichtern der A. K. Emmerich*, (1) I, XIX.

modo estaban penetrados de él, que la gracia se movía en ellos como el águila que sacude con todas sus fuerzas sus alas poderosas, <sup>(1)</sup> que su contacto quemaba como el fuego, <sup>(2)</sup> que la plenitud de los dones divinos, de que estaban penetrados y que de ellos brotaban sobre el mundo entero, hacía distinguir como lámparas luminosas la extremidad de sus dedos, cuando juntaban sus manos para orar. <sup>(3)</sup>

**7. Los efectos bienhechores del Cristianismo, sólo se encuentran allí donde se observa todo cuanto Cristo dispuso.**—He aquí—se dice—hermosas manifestaciones de piedad, manifestaciones verdaderamente poéticas de la vida cristiana. ¡Si siquiera pudiéramos sacar de ellas algún provecho! Pero ¿por qué no hemos de poderlo? ¿Por qué, en presencia de tales prodigios, hemos de permanecer siempre llenos de admiración y de pesar, como en otro tiempo Agrippa delante de San Pablo? «Por poco me persuades á hacerme cristiano»—decía.—Sí, poco faltó, pero todo dependió de ese poco. No hay, pues, que asombrarse de que no lleguemos á algo completo, ya que con demasiada frecuencia nos hace falta también ese poco. Si hiciésemos y pusiésemos en práctica todo lo que la ley nos ofrece, ¿por qué no habíamos de ser mejores? No hay duda que el que no se eleva jamás por encima de la medianía, el que escoge entre los medios de salud cristiana y emplea los que más le placen, el que tiene la desgracia de pertenecer á esferas que, por principio, mutilan el pensamiento y la vida cristianos, no sentirá grandemente en sí los efectos deliciosos del fuego del Espíritu Santo. En verdad que se necesita el concurso de muchas cosas para hacer de la vida cristiana un todo.

(1) *Leben der Nonnen von Unterlinden Kap.*, 22.

(2) *Leben der sel. Agnes a Jesu* (Steill, *Ephemerid. Dominic.*, 19 oct. I, Kap., 12; II, I, 723). Hansen, *Vita s. Rosæ Liman.*, c. 21, n. 275 (Boll. Aug., V, 958). *Bulla Clement.*, X, n. 203 (Boll. Aug., V, 1020 y sig.).

(3) *Vite Patrum*, 5, 12, 8. Joh. Moschus, *Patum spirit.*, 104; Mechtild., *Lib. spec. gratiæ*, 2, 14. Unterliden Kap., 23, 47. Hansen, *Vita s. Rosæ Lim.*, c. 17, n. 224. Stephan. Juliac., *Vita s. Coletæ*, 10, 83. Hugo, *Vita b. Idæ Lovan.*, 3, 4, 21. Thom. Cantimprat., *Vita s. Lutgard.*, I, 2, 16. Goerres, II, 309 y sig.